
El educador

Joaquín V. González, pedagogo y educador

RICARDO NASSIF

NECESARIO EXAMEN PEDAGÓGICO DE GONZÁLEZ

NACIÓ EN SAN LUIS en 1924. Se graduó de profesor de filosofía y ciencias de la educación en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata, de la que actualmente es vice-decano. Fue profesor de pedagogía general, filosofía de la educación e introducción a la pedagogía en la Universidad de Tucumán. Desde 1957 es profesor titular de pedagogía y director del Instituto de Pedagogía de la Facultad de Humanidades y desde 1958 jefe del departamento de Ciencias de la Educación. Entre sus escritos pueden mencionarse: La ciencia pedagógica en Dilthey y en Spranger; La pedagogía fenomenológica de Ernst Krieck; José Martí como pedagogo y educador; América y la pedagogía americana; Pedagogía universitaria y formación pedagógica del universitario; El humanismo pedagógico de John Dewey y el libro Pedagogía General (1958).

ES muy común que todo trabajo sobre Joaquín V. González contenga una exposición, breve o extensa según los casos, de la doctrina y el quehacer educativos del fundador de la Universidad Nacional de La Plata. La referencia al tema es inevitable porque ese sector de la obra y de la vida del pensador de Samay Huasi fue expresa y apasionadamente llevado por él a un relevante primer plano. Sin embargo los pedagogos argentinos —aún los preocupados por rastrear las líneas esenciales de la pedagogía nacional— están en deuda con González. El sociólogo, el jurista, el escritor, el hombre público que había en González han tenido más suerte y merecido una atención más dilatada. Pero sigue pendiente el estudio profundo de lo que de pedagógico hay en la totalidad de la obra gonzalina, hecho con sentido totalizador, sobre el conjunto de principios que palpitan en las fundaciones educativas del riojano. Su pedagogía, su doctrina educativa fundamental, su filosofía de la educación, ha llegado a ser una especie de supuesto que, como tal, pareciera no requerir demostración

y, por consiguiente, el despliegue capaz de levantar su ideario como ejemplo para los recién llegados a la tarea de pensar y de erigir las estructuras educativas argentinas, o como ayuda para una toma de conciencia de quienes desde hace tiempo están en ese pensamiento y en esa edificación.

No es ajena a este hecho una rara peculiaridad de la estirpe latinoamericana: a pesar de estar convencidos de la importancia de la educación como una de las condiciones primeras para el desarrollo y la afirmación de nuestros pueblos, y sabedores que nuestros grandes hombres han sido grandes pensadores y conductores de la educación nos conformamos con la mera repetición de sus ideas. Admiramos sus obras, pero no alcanzamos a tomar conciencia de su verdadero significado y de la conexión de sus principios. Por el contrario, nos conformamos con aplicarlas como simples recetas a circunstancias muy diversas, con el riesgo de matar su valor como impulsoras de una permanente renovación educativa. Falta a menudo la decisión para penetrar en toda la plenitud y autenticidad de esas ideas e ideales.

En ese sentido González es un olvidado —¡como lo es todavía el mismo Sarmiento!—. Resulta ya imprescindible el análisis serio de su pensamiento educativo, que, en su caso particular, aparte de la trascendencia que tiene en la historia cultural argentina, ofrece la ventaja de haber salido airoso de la difícil prueba que para las ideas son las fundaciones que ellas suscitan. Aquí es ineludible la mención a la Universidad Nacional de La Plata porque tal cual él la concibió y la realizó representa la síntesis de toda una doctrina pedagógica relativa no sólo al nivel superior de la educación sistemática, sino también a la formación del niño y del adolescente.

Lejos estamos de pretender que el rescate y la exposición de todo lo que González ofrece a un examen pedagógico pueda lograrse en un artículo y mucho menos en este artículo apenas panorámico. Semejante propósito requiere la labor paciente de un equipo que visualice el pensamiento gonzaliano desde los distintos ángulos en los cuales pueden colocarse hoy las disciplinas pedagógicas. Aquí nuestra contribución será más modesta, limitándose a presentar a González, primero en su trayectoria docente y en su producción pedagógica escrita, para bucear en ellas a la caza de sus ideas educativas fundamentales, y acercarnos después a su estructura espiritual considerada como recinto de un poderoso impulso educador. En otras palabras: desplegar su figura en dos planos: en el primero tocando su itinerario docente y sus escritos pedagógicos, manifestaciones exteriores de un segundo plano mucho más profundo, como es el

EL EDUCADOR

del pensamiento pedagógico y, más hondo aún, el de la vivencia educadora.

LA TRAYECTORIA DOCENTE

Joaquín V. González no sólo se preocupó de la educación como pensador, como sociólogo o como hombre público, sino que él fue por excelencia, y, por sobre todas las cosas, un maestro, un profesor. Su vida fue permanente docencia, pero esto se liga más con una estructura espiritual característica de la cual no queremos hablar todavía. En este punto nos interesa revisar su trayectoria "profesional" docente, esto es, destacar los momentos en que fue enseñante en el sentido *oficial* de la palabra.

González hizo su escuela primaria en Nonogasta, el pequeño y pintoresco pueblo natal de la tierra riojana, y su escuela secundaria en el severo Colegio de Monserrat de Córdoba. Después en la vieja Facultad de Derecho habría de alcanzar la formación universitaria que en él fue permanentemente renovada.

Fue precisamente Córdoba la que lo vio iniciarse como educador —había comenzado como poeta— y de los muy serios a una edad en la cual el común de los jóvenes está lejos de pensar en esos menesteres. En efecto, en 1884, cuando apenas había pasado los veinte años, dicta en la Escuela Normal de Maestras cursos de historia, geografía y francés. Si bien casi no hay testimonios importantes sobre esa precoz y fugaz experiencia docente, es de suponer —por lo que fue después— la responsabilidad que habrá puesto en juego este severo joven que no aventajaba en muchos años a sus alumnas adolescentes.

En 1886 se aleja de Córdoba. Regresa a su tierra y allí inicia una larga y fecunda carrera de hombre público (es diputado sin tener la edad constitucional), de estudioso y de hacedor de leyes, de escritor fino, hondo y sereno. En 1892 vuelve a encontrarse con los problemas educativos, puesto que el 21 de julio de ese año se lo designa vocal del Consejo Nacional de Educación, cargo que habría de ocupar nuevamente a partir del 1º de agosto de 1899 cuando ocupaba una banca en la Cámara de Diputados de la Nación. Pero en esos años ya ha llegado a la cátedra universitaria inaugurando en mayo de 1894 la de Legislación de Minas en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Dos años más tarde es nombrado académico titular de la Facultad de Filosofía y Letras creada ese año por el gobierno nacional. En 1902 —siendo titular del ministerio del Interior de la Nación— ejerce interina-

mente el de Justicia e Instrucción Pública, interinato que repite en 1904 y cuyo titulariado alcanza en ese mismo año bajo la presidencia de Quintana. Fue ministro durante dos años y en ese lapso creó la Universidad Nacional de La Plata, sin lugar a dudas su obra más perfecta y querida. De esta Universidad fue su primer presidente (1906-1909) y reelegido por tres períodos consecutivos (1909-1912, 1912-1915 y 1915-1918). Por otra parte, en 1906 comienza a dictar la cátedra de Derecho Internacional Público e Historia Diplomática en la Universidad nueva. De la Casa de altos estudios se retiró el 18 de marzo de 1918, rodeado del agradecimiento de la ciudad, expresado en un gran acto público.

Salvo un brevísimo contacto juvenil con alumnado adolescente, fue la juventud universitaria el campo de acción del “profesor González”. Prototipo del profesor universitario cumplió su oficio con la responsabilidad ejemplar que sabía poner en todos sus actos. En la cátedra aplicó siempre una rigurosa e inflexible honestidad intelectual que lo llevaba a partir siempre de la opinión de los grandes maestros como si necesitara la presencia de quienes le habían enseñado en largas horas de vigilia para poder desenvolver su propio pensamiento. Nos lo imaginamos a través de las bellas evocaciones de Rafael Alberto Arrieta: “Es la hora en que debe dictar su clase de historia diplomática el presidente, cuyo despacho, fronterizo al aula, tiene puerta a la galería claustral del piso alto. Por esa puerta de cristales opacos, ya iluminados desde el interior, sale un ordenanza cargado con una pila de gruesos volúmenes: es el más exacto timbre de llamada para los estudiantes que, apresuradamente, entran a disputarse los asientos preferidos. . . . Llega el doctor González con sobretodo y bufanda, restregando sus manos anchas y velludas. Siéntase; toma un libro de los apilados a su diestra; lo abre en la página señalada; busca un párrafo. . . . La luz talla enérgicamente su rostro. Ya tiene ceniciento el cabello corto, el caído bigote, la barba en punta. Sólo conservan su negrura las cejas. Comienza la clase. El profesor diserta, lee, glosa. No mira al auditorio. No se sabe qué miran los ojos semicerrados cuando se apartan del libro. La voz grave, pausada, opaca, se alía a la oscuridad creciente de los rincones, de las altas paredes, de las filas de bancos desocupados, de los cuerpos borrosos que se mueven en silencio, allá en el fondo de la sala. . . .”¹

¹ *Retrato progresivo del fundador*. En “Obras Completas” de JOAQUÍN V. GONZÁLEZ. Edición de la Universidad Nacional de La Plata, 1935. Vol. xv, págs. 14-15.

EL EDUCADOR

LOS ESCRITOS PEDAGÓGICOS

En la varia y extensa producción escrita de Joaquín V. González, el tema educativo ocupa un lugar preeminente. Se lo ve moverse con vigor tanto en el ensayo ágil como en el libro sistemático, en los sesudos informes y memorias, en los estudios profundos, en la versión de sus discursos, en las intervenciones parlamentarias como en la fundamentación siempre exhaustiva de sus actos públicos. El mismo González —como es sabido— al ordenar sus obras las clasificó en *jurídicas y políticas, educativas y literarias*.² Publicadas en veinticinco volúmenes por la Universidad Nacional de La Plata (1935-1937), los escritos específicamente pedagógicos están contenidos en los volúmenes XIII, XIV, XV y XVI, aunque en muchos de los llamados “jurídicos y políticos” e incluso en los “literarios” no faltan referencias pedagógicas de trascendencia.³

El primer escrito sistemático de González sobre cuestiones pedagógicas es publicado en 1900: “*Enseñanza obligatoria. Censo escolar del distrito IV*”. Este trabajo no es más que un informe del entonces vocal del Consejo de Educación, pero tiene una gran significación en la formación de un estilo muy personal para el desarrollo de temas pedagógicos. Por otra parte, la breve introducción (exclusiva de González, pues el resto es en colaboración) ya da cuenta de la orientación social y política del riojano en el enfoque de esos temas.

Al mencionado escrito siguen *Problemas escolares* (1901); *La educación nacional y sus fundamentos. Bases orgánicas y directivas de la enseñanza nacional* (1902); *La Universidad de Córdoba en la cultura argentina* (1903); *Ideas de reforma universitaria* (1904); *El profesorado nacional* (1905); *La Universidad nueva* (1905); *El internado moderno* (1905); *El Colegio Secundario argentino* (1905); *La Universidad Nacional de La Plata* (1905)⁴; *La Universidad Nacional de La Plata. Sus orígenes, estado presente y desarrollo futuro* (1907); *Universidades y Colegios* (1907); *La Universidad Nacional de La Plata. Su desarrollo, progresos y éxito comprobado* (1908); *Política espiritual* (1910); *Sarmiento y la Universidad moderna* (1911); *La enseñanza de la geografía física*

² RICARDO LEVENE: *Ideas sociales directrices de Joaquín V. González*. En: “Obras completas”, Vol. I, pág. 94.

³ Por ejemplo, varios de los contenidos en el Vol. II de las “Obras Completas”, como el *Discurso inaugural del Gobernador de La Rioja* (Vol. II, pág. 301).

⁴ Este escrito es de fundamental importancia en la bibliografía pedagógica gonzaliana y fue traducido al inglés y al francés en 1906.

(1911); *Actos universitarios* (1912); *Enseñanza de la historia nacional* (1912); *Hombres e ideas educadores* (1912); *Política universitaria* (1915); *La Universidad y los problemas nacionales* (1916); *La Universidad y la democracia* (1917); *La Universidad y la educación moral* (1917); *La Universidad y el alma argentina* (1919); *Un ciclo universitario. 1914-1919* (1932).

Naturalmente la enumeración no es exhaustiva. Involucra apenas los títulos más significativos de entre los que González calificó expresamente de pedagógicos. Quedan fuera muchos escritos, particularmente discursos de aparente tono menor. González no les daba más valor que el de expresar un sentimiento o una idea concreta ante una situación concreta, pero en ellos el ojo avisado puede encontrar gérmenes, anticipaciones y hasta culminaciones de un pensamiento que no dejaba de elaborarse. Pero las obras indicadas alcanzan para una visión apretada del ideario educacional básico del ilustre pensador.

LAS IDEAS PEDAGÓGICAS

“Llevo más de treinta años de vida pública y de trabajo en mi gabinete de estudio, y he producido para contribuir a la educación de mi país, más de treinta volúmenes publicados sobre diversas materias: científicas, literarias, educativas; mi preocupación mental más favorita ha sido la del estudio de las instituciones políticas y de los problemas educacionales, haciendo de esta última materia *una consagración definitiva y final de mi existencia.*”⁵ Estas palabras pronunciadas por el senador Joaquín V. González en 1918, sintetizan la vocación del pensador por una penetración cada vez mayor de la materia educativa, destinataria de sus mejores reflexiones. Intentemos seguirlo en este terreno, pero sin ir más allá de lo que hace a los principios capitales de su doctrina pedagógica.

González en la historia de la pedagogía argentina.

Sigue siendo controvertible la posición de González en la evolución de la cultura nacional. Para algunos pertenece a la llamada “generación del ochenta”, para otros debe colocarse en la “generación de 1896” al lado de Piñero, Quesada, Martín García Merou, Horacio Rivarola, Juan A. García, Víctor Mercante, Rodolfo Senet, entre otros. La primera opi-

⁵ El subrayado es nuestro.

EL EDUCADOR

nión es ya clásica y fue sostenida por Ricardo Rojas y por Alejandro Korn⁶, pero ateniéndonos a la interpretación ortodoxa de la teoría generacional, creemos que González pertenece a la generación de 1896, que manteniéndose dentro de la filosofía científicista intentó superar el positivismo. Pero al mismo tiempo la generación del 96 sigue siendo liberal en materia política, y continuadora de los ideales de la del 80, que había crecido a la sombra de los últimos años de Sarmiento.

González es el hombre de su generación que más se dedicó al problema educativo, así como Amadeo Jacques —argentino del 80 sin haber nacido en el país—, lo había sido de la suya. Tanto uno como otro alcanzan gran importancia en nuestra historia pedagógica, no porque a sus coetáneos les faltase la preocupación educadora, sino porque ellos —y muy especialmente González— supieron tratar la cuestión en forma sistemática e integrada en todo un cuerpo doctrinario.

Sólo Sarmiento supera el vuelo de González en el estilo empleado para penetrar en territorio pedagógico. Sobre todo el entusiasmo y la pasión sarmientinos siguen siendo ejemplares en este aspecto. Pero el sanjuanino si bien golpeaba más fuerte, no tenía tiempo de detenerse demasiado ni tuvo la intención de dejar un sistema pedagógico coherente. Pensó haciendo porque quiso dejar un sistema de educación eficaz y accesible construido de acuerdo con las necesidades del país. González nunca olvidó la acción, pero temperamentalmente era *más teórico* que Sarmiento, más capaz de la concentración y del estudio sereno. De ahí que sus ideas madres estén más al alcance de la mano, sigan un orden, se apoyen mutuamente. A Sarmiento es preciso a veces acompañarlo a través de un laberinto para llegar a la idea, que él parecía complacerse en ocultar tras una montaña de realizaciones.

En muchos aspectos González es un continuador de Sarmiento, al cual admiró intensamente. Sin imitarlo llevó la pasión educadora del gran sanjuanino a claras y evidentes expresiones conceptuales, ampliando a Sarmiento y encarrilando su pensamiento desbordante en la realidad nacional.⁷

⁶ DIEGO F. PRO, que enseña historia de la cultura argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de Mendoza ha publicado un excelente trabajo sobre *Joaquín V. González en la historia del pensamiento argentino* (En "Universidad", publicación de la Universidad del Litoral, 1963, N° 56 de homenaje a Joaquín V. González), en el cual hace referencia a la ubicación generacional de González, opinando que pertenece a la generación de 1896. Por su parte CARLOS SÁNCHEZ VIAMONTE lo ubica en la segunda etapa de la generación del 80 (*Joaquín V. González*, Revista "Universidad", N° 56).

⁷ Sería interesante penetrar más las influencias de Sarmiento sobre González. Véase de MARTA E. SAMATÁN: *Joaquín V. González y la educación común* (Revista "Universidad" número 56).

Puede decirse que el punto de partida fue el mismo y que la actitud espiritual personal frente a la educación era idéntica. En ambos predominaba un optimismo educacional de gran fuerza que los hizo creer ciegamente en el poder de la educación como el instrumento esencial para el progreso de la sociedad. Esto estaba en González tan arraigado que sirve de fundamento a la que puede considerarse primer principio de su doctrina pedagógica: la educación como condición para el desarrollo de la democracia.

Educación y política.

En efecto, si algo caracteriza la pedagogía gonzaliana es la convicción de que la educación es el mejor instrumento del gobierno democrático. Este predominio de la "politicidad" de lo educativo en González ha hecho que muchos comentaristas lo consideren un político de la educación por excelencia, como si esto desmereciese su contribución a otros aspectos del pensamiento pedagógico.

Es verdad que la presencia permanente de la relación "política-educación" se observa a cada paso en sus escritos, pero González era mentalmente tan equilibrado, que como ningún otro antes logró una perfecta armonía entre la especulación, el pensamiento pedagógico, y la acción concreta en la educación pública. Pues tampoco él tenía interés especial en ser "pedagogo" profesional y en dejar un sistema pedagógico, pero sabía fundamentarse y estructuralmente estaba preparado para ello.

"Misión grandiosa —escribió en 1905— de la enseñanza pública general en nuestro país es la de consolidar la vida política sobre las bases del sistema institucional adoptado, ilustrando la conciencia colectiva para formar una opinión pública que se asemeje a los grandes ríos de la patria, los cuales arrastran y destruyen lo inseguro, falso o deleznable, pero fecundan la tierra con el limo de que vienen henchidas sus majestuosas aguas." La cita sirve para confirmar la urgencia educadora típica de todos los grandes hombres argentinos a la vez, y casi siempre, reformadores de la educación. En las palabras transcritas es evidente la *misión política* de la educación, medio estabilizador del régimen republicano, en el cual, según González, "la independencia personal y el valor específico de las ideas son elementos esenciales al progreso de las instituciones y de la cultura pública".

Educación nacional.

El principio de "politicidad" de la educación; más aún, la idea de la educación al servicio de la democracia y de la república, están estrechamente ligados al concepto gonzaliano de la *educación nacional*, otra de sus

EL EDUCADOR

ideas pedagógicas centrales. Pero el principio de la educación nacional no tiene para el riojano sólo un fundamento pedagógico, o político, sino que se vincula a la noción misma de *patria* que en él tiene tanta importancia.⁸

La búsqueda del espíritu nacional a través de la educación que al mismo tiempo levanta y afirma ese espíritu, fue un ideal caro a las generaciones argentinas del 80, el 96 y 1910. En cierta manera González es uno de los representantes más esclarecidos de esa búsqueda entre los integrantes de esas tres brillantes generaciones.

La base del principio de la educación nacional se encuentra en el pensamiento sarmientino de la unidad nacional por la cultura, proceso de extrema urgencia dado el advenimiento de grandes corrientes inmigratorias. González considera que una escuela con tendencias universales y prescindente de relaciones con un territorio, una sociedad, un destino nacional, sólo es posible en pueblos de extensa tradición cultural. Pero —afirma en *La reforma escolar de 1896*— la “abstracción de la individualidad, del medio social o político, del territorio y de los destinos históricos especiales, no es posible en pueblos nuevos que aun elaboran su tipo, su carácter o los elementos de su personalidad”.

Los estudios y las reflexiones de González sobre las nociones de raza, nación, pueblo, estado y patria, le proporcionaron los elementos para detenerse en el desarrollo de las condiciones de una educación nacional, y sus aportes al respecto no sólo se mantienen en el plano de las observaciones generales, sino que tienen derivaciones didácticas de un valor todavía hoy inestimable. Es así como se explica la preocupación del fundador de la Universidad de La Plata por la enseñanza del idioma nacional, la historia, la geografía, la moral y la instrucción cívica, “no porque sean solo estas disciplinas las que elaboren los elementos constitutivos de la nacionalidad de la raza circunscripta al territorio, y de la patria en su más alta y permanente significación, sino por ser las materias que contienen más específica y pura la esencia de esas ideas y sentimientos”.

Sin embargo, González no se quedaba allí, sino que, por el contrario, profundizando el concepto de *educación nacional* habría de afirmar el de *educación regional*. Es así como el 27 de julio de 1904, en el acto de colocación de la piedra fundamental de la Escuela Normal de Catamarca, sostuvo que del mismo modo que “todo progreso está en la diferenciación, la variedad de la enseñanza en todos sus grados, desde la escuela primaria a la Universidad, será fuerza suficiente para que ella nos reconcilie con las

⁸ Sobre la idea de patria, ver el citado artículo de DIEGO F. PRO.

leyes internas de nuestra historia, las cuales han realizado su labor de creación y crecimiento a pesar de las desviaciones voluntarias de todo tiempo”.

Educación y libertad.

Claro es que una concepción politicista de la educación, por un lado, y predominantemente nacional, por el otro, pueden ser mal entendidas si no se las refiere a otras ideas de González que cierran un perfecto círculo cuyo centro está dado por una constante preocupación por el hombre libre. Esta relación entre educación y libertad se supone en las reflexiones de González sobre educación y democracia. Pero al respecto él ha querido ser intencionalmente explícito.

La educación no se limita a ser instrumento para el desarrollo de un determinado tipo de comunidad (en este caso la democrática), sino que, por encima de todo, ha de ser elemento de conquista de la libertad personal.

La falta de acción del Estado en materia educativa obstruye el avance de la democracia⁹ y su beneficiosa influencia sobre los individuos, y quita toda posibilidad del ejercicio de la libertad social e individual. Cuando González se refiere a la libertad social está, sin duda alguna, pensando en la del hombre individual.

La libertad mental es, para él, el primer elemento de la vida colectiva, y esa libertad “procede del conocimiento o de la posibilidad de conocer la verdad”. El razonamiento gonzaliano es aquí muy claro: no hay libertad sin conocimiento; no hay conocimiento, sin educación.

Pero la libertad conquistada a través del conocimiento, suscita en el hombre no sólo apetencias intelectuales, sino que ha de despertar sentimientos sociales, entre los cuales González destaca los de la tolerancia y la solidaridad. “Una comunidad en la cual predominan los no educados—manifiesta— no es libre, ni puede recibir la comunión de la libertad, no sólo respecto de sí misma, sino de las potencias extrañas, que la dominarán y la subordinarán. . . Ni es libre con relación a sus propios sentimientos nativos, porque ofuscarán sus afectos los mil fantasmas que asedian la mente del ignorante, la superstición, los odios regionales o sectarios, las rivalidades personales y los instintos de raza que convertirán el suelo nacional en teatro de fratricidios y anormalidades sin número.”

⁹ Cuando GONZÁLEZ hace este planteo, usa con frecuencia el ejemplo del analfabetismo como agente que obstruye el desarrollo de la democracia.

EL EDUCADOR

Educación científica

La libertad se conquista por el camino del conocimiento que busca la verdad, y sólo la ciencia, según González, abre los caminos de la verdad. La fe en la ciencia como fuerza formadora constituye por ello, otra de las nociones claves de la pedagogía de Joaquín V. González. Sostenía que “el espíritu científico indicará los caminos más sencillos, rectos y seguros como sus propios postulados esenciales, para la ordenación total del plan de estudios y programas en todos sus ciclos y secciones o jerarquías”. Por otra parte entendía que el método científico formará “el hábito de buscar las verdades positivas, y dejará en todo alumno que abandone la escuela en cualquier grado, una semilla de ciencia, de algo que ha visto producirse en presencia suya, en el ambiente del laboratorio y bajo la influencia palpable de la realidad”.

Vale la pena señalar que cuando de educación se trata, González no hace referencia a una mera transmisión de contenidos científicos, sino especialmente al aprendizaje del método científico, que habitúa al sujeto a la búsqueda de la verdad, y desarrolla sus capacidades de observación y de investigación.

Esta afirmación de la educación científica como salida efectiva para los problemas de la educación argentina en todos sus ciclos, cobra hoy una evidente actualidad en la medida en que postula el señorío del *método* científico que, por su naturaleza, es crítico y experimental, y desarrolla funciones que el hombre puede poner en juego ante cualquier situación individual y social.

Unidad y continuidad de la educación

“Politicidad” y “nacionalidad” de la educación, juntamente con el de una educación para la libertad fundada en el cultivo del método científico, constituyen los principios básicos de la pedagogía gonzaliana. Algo así como las ideas que encuadran todo su pensamiento educacional, dándole su coherencia interna.

Pero esos principios, a los que podríamos llamar “generales” dentro de la doctrina pedagógica de González se continúan a través de algunos principios “particulares”, así denominados por moverse más estrictamente en el terreno técnico de la pedagogía, y no en el más amplio de las concepciones generales que pueden explicar cualquier sector del pensamiento de un autor.

El primero de estos principios es el de *unidad* de la educación. González vio con claridad —Amadeo Jacques también había sostenido ese

principio pero no con la firmeza y la amplitud de González— que la educación constituye un solo proceso a pesar de que se manifiesta de diversas maneras. Proceso único en la vida del hombre, se expresa de distintos modos, tiene exigencias diferentes y objetivos desiguales, todo lo cual es muestra de vigor y de desarrollo, nunca de incoherencia. Si es proceso unitario en la vida individual, las instituciones que lo atienden no pueden permanecer separadas, aisladas las unas de las otras, incoherentes, sin responder a un criterio rector consciente de los objetivos a alcanzar.

Para González todo el problema educativo argentino, desde el punto de vista político se reducía “a una tarea de organización armónica, correlacionada, simplificada, unificada, orientada e inspirada en una idea directriz, que, por fuerza debía coincidir de cerca o de lejos, de inmediato o de mediato, con la formación de la nacionalidad misma, entendida ésta en el sentido de la modelación del alma nacional”.

Como se observa en la idea de unidad de la educación, palpita la permanente preocupación de González por la educación nacional. Pero esto no significa una tendencia adoctrinadora y despótica, sino el desarrollo de la idea nacional respetando las diferencias regionales (educación regional) y de los distintos tipos y ciclos escolares. Tampoco —según acertada opinión de Pró— “la exigencia de una idea directiva para la educación del país, tampoco suponía la centralización absorbente de los organismos educacionales”.¹⁰ Unidad, en consecuencia, no es centralismo, sino coordinación.

Pero ni coordinación, ni síntesis de diferencias y pluralidades, agotan el principio de unidad de la educación en González. Ese principio se completa y alcanza forma didáctica con el principio de *continuidad de la educación*. La unidad es continuidad y viceversa, esto es que un proceso unitario como la educación es eficaz en la medida en que se cumple gradual y progresivamente de acuerdo con las necesidades y posibilidades (institucionales e individuales). “La escuela, el colegio, la universidad —escribió González— para mí son una misma entidad y un solo amor”. Y estas palabras nada tenían de mera actitud declamatoria, porque en cuanto le fue brindada la posibilidad González las llevó a la práctica. Fundó la Universidad de La Plata, “una Universidad donde toda persona pueda obtener todo conocimiento; es decir, donde se enseñe a todo el mundo; donde todo hombre que desee saber tenga una puerta abierta”, y para obtener esos propósitos pensó que se debían multiplicar las escuelas inferiores de modo

¹⁰ PRO: *Op. cit.*, pág. 80.

EL EDUCADOR

que —según el decir de Víctor Mercante— “sean tantas puertas abiertas como escuelas hay, consiguiendo así fundir un tipo general y armónico de cultura nacional”¹¹. De ahí la concepción de una *educación lineal* que hace que los alumnos puedan hacerse en la Universidad desde la escuela primaria, pasando por la secundaria, también dependiente de la Universidad.¹²

La educación primaria y media

La tesis de la continuidad de lo educativo obligó a González a estudiar y a proponer interesantes realizaciones en los tres ciclos de la educación sistemática. Sin embargo su preocupación por la escuela primaria fue permanente en él desde sus primeras actuaciones como hombre público. En el desarrollo de sus opiniones sobre el primer ciclo de la educación, González es netamente sarmientino lo que se comprueba en su proyecto de Constitución para la provincia de La Rioja que da a la escuela primaria una importancia fundamental. En los fundamentos del proyecto expone: “La escuela es la primera lección de la democracia; allí todos son iguales, se sientan en el mismo banco y reciben la misma enseñanza.”¹³ Basta con esta cita para comprender como la concepción gonzaliana de la escuela primaria se identifica con la de “escuela común” en el sentido más puro de nuestra tradición educacional.

La educación media fue también objeto de las preocupaciones de González, aunque al decir de Castiñeiras, “es indudable que González tenía más cariño y predilección por el estudio de los problemas vinculados con las enseñanzas primaria y universitaria”¹⁴. Entendió como primordial objetivo de la escuela secundaria la difusión de la cultura y la formación del espíritu público nacional. Para él “la tarea democrática de la educación pública la realiza la escuela común”. En cambio ve aparecer al ciclo secundario “con caracteres propios, independientes y suficientes para desempeñar su propia misión, la que le encomendara la Constitución al llamarla general”. Esta misión de los colegios se dualiza en González en la función preparatoria para la Universidad y complementaria de la cultura adquirida

¹¹ VÍCTOR MERCANTE: *Maestros y educadores*. Buenos Aires, Edit. Gleizer, pág. 142.

¹² La Universidad de La Plata cuenta con una Escuela Primaria y tres Colegios Secundarios.

¹³ Sobre la concepción gonzaliana de la escuela primaria ver el artículo citado de MARTHA E. SAMATÁN, y el de JULIO R. CASTIÑEIRAS titulado: *Algunos aspectos de la obra de Joaquín V. González* (En: “Obras Completas” de Joaquín V. González, Vol. 25).

¹⁴ *Ob. cit.*, Vol. 25, pág. 40.

en la escuela primaria. Con bella expresión definió los objetivos de los tres ciclos que él llamaba apretadamente la *escuela*, el *colegio* y la *universidad*. De ellos dijo: “La primera enseñanza forma y modela el alma de la nación; la segunda la habilita para encargarse y dirigirse a un destino particular; y la superior la desliga y la libra de todo método para lanzarla a recorrer, con su sola fuerza y su propio impulso, los espacios ilimitados de las ciencias y las artes”.

La Universidad nueva

Si Sarmiento fue el pedagogo de la escuela común, y Amadeo Jacques, en cierta manera, el de nuestra escuela secundaria, Joaquín V. González es, sin lugar a dudas, el hasta ahora insuperado pedagogo de la Universidad.¹⁵ Hubiese sido suficiente la creación de la Universidad Nacional de La Plata con su correspondiente fundamentación para que de González fuese ese mérito. Pero él hizo mucho más en este terreno y a lo largo de su obra hay tal dedicación al tema de la pedagogía de la enseñanza superior en todos sus aspectos, que puede afirmarse que su doctrina educativa es predominantemente una teoría de la Universidad que, probada en la práctica, visualiza a la Universidad desde los muy diversos ángulos de la escuela primaria, la escuela media, o la política educacional. Este permanente enfoque de lo universitario fue ampliándose con el tiempo hasta convertirse, en los últimos años de González, casi en exclusivo. Tal vez porque la Universidad fue la obra a la que González dedicó los veinte últimos años de su vida, gestándola en el silencio nocturno de su gabinete y cultivándola con amor en sus cuatro presidencias.

La originalidad de González es aquí innegable. Trajo al escenario adormecido de la cultura nacional una “universidad nueva”, diferente, de orientación científica —pero no exclusivamente científicista— y de espíritu democrático y liberal. Una casa de cultura con sentido social y nacional, y no una universidad profesionalizante en forma pura. Se anticipó así en quince años al movimiento de la Reforma Universitaria y puso una Casa de altos estudios al servicio directo del país.¹⁶

¹⁵ Desde 1963 el Departamento de Pedagogía Universitaria de la Universidad Nacional del Litoral lleva el nombre de Joaquín V. González.

¹⁶ No vamos a extendernos sobre la concepción gonzaliana de la Universidad, tema que ha merecido valiosos y conocidos trabajos.

EL EDUCADOR

EL EDUCADOR

El panorama de las ideas pedagógicas —insuficiente e incompleto— no nos ha dejado llegar todavía a los más hondo de Joaquín V. González: el educador. La pregunta en este caso es la siguiente: ¿Tenía González una estructura espiritual educadora? Mejor dicho: ¿era su personalidad una personalidad educadora en el sentido práctico de los términos? ¿Lo alentaba un impulso educador que predominaba sobre sus otros impulsos y tendencias?

Responder esas preguntas sería penetrar en el mundo de las vivencias personales de González y, en su caso, la tarea es bastante dificultosa. González no emplea casi nunca el estilo confidencial, el relato íntimo que permite un análisis de su arquitectura espiritual. Sus escritos son siempre ponderados y de una sobriedad rayana en el ascetismo. Sarmiento, por ejemplo, tiene su intimidad a flor de piel, razón por la cual prácticamente todos sus escritos son autobiográficos. González, no. Tiene el pudor de mostrar su mundo personal, y esto traba la acción de quien se propone determinar hasta qué punto la suya era una naturaleza educadora.

Discípulos, amigos y biógrafos ofrecen, no obstante, un material bastante rico para un intento de este tipo. Los primeros por el conocimiento directo del gran hombre entregan a veces una información valiosa sobre su manera de ser y de comportarse, de reaccionar sentimentalmente frente a distintas situaciones que pueden considerarse educativas.

La primera impresión que produce la lectura de González es la de un intelectual que maneja con gran pericia las ideas, pero sin mayor capacidad para el contacto directo con los demás hombres. Su contacto parece producirse a través de las ideas. La imagen del profesor que dicta su clase, sin mirar a sus alumnos, ocultándose tras sus párpados entrece rrados, como si siguiera exclusivamente el hilo de sus pensamientos, vigoriza aún más esa impresión.

Si así fuese habría carecido del impulso formador que caracteriza a un educador nato, del *eros* pedagógico que tiende el puente con los jóvenes, de posibilidad de penetración de las subjetividades asimilado totalmente por la objetividad de los conocimientos que trasmite. Pero es preciso tener en cuenta que la pedagogía contemporánea ya no cree en un solo tipo de educador, sino que acepta la posibilidad de distintas formas de vivencias educadoras. La pedagogía de antaño se movía con una imagen muy restringida del educador que hoy obligaría a excluir a grandes maestros. Por cierto la figura de González no tiene ninguna similitud con la de Pestalozzi,

pero ello no significa que no haya sido la suya una típica estructura espiritual de educador.

En primer lugar, se comprueba que el impulso educador de González se manifiesta en forma de un *impulso civilizador*, elevador de toda la comunidad nacional, como sucede con Sarmiento. La inclinación educadora de González no se detiene en los individuos sino que se proyecta sobre la totalidad de los individuos que integran esta particular comunidad argentina. No obstante, el poeta González tenía frecuentes contactos con los jóvenes, de los cuales nacía un fecundo mundo espiritual, como lo han testimoniado Arturo Marasso y Rafael Alberto Arrieta. La fina sensibilidad del místico de Samay Huasi, hacía que muchas veces se produjese el milagro de los encuentros individuales enriquecedores que sólo se dan cuando el que es más maduro o más perfecto tiene alma de educador.

Eso no es todo. Joaquín V. González fue —como queda dicho— un típico profesor universitario. No fue un maestro primario, ni un profesor secundario, sino un educador universitario con las condiciones precisas para serlo. La Universidad era su vocación y fue el clima propicio para las especulaciones de su inteligencia y las inquietudes de su espíritu. Para modelar desde los inicios un establecimiento de educación del calibre de una Universidad, se necesita tener mucho de educador, de conductor persuasivo, de comprensivo camarada. Y González fue en alto grado todas esas cosas. Mas por si lo dicho no resultase convincente, bastaría decir que pocos como él amaron la docencia, una docencia que le servía de escudo para defenderse de los ingratos y de los incapaces de toda comprensión. Del maestro dijo que es verdadero cuando “después de haber ennoblecido su alma, la abre y la comunica en todos los actos de la vida escolar, con sencillez, sin artificios... con la naturalidad con que corre el viento y se desliza el manantial”.